

## El corazón de la opresión de las mujeres

Nalú Faría

Las mujeres han estado oprimidas durante siglos no sólo por su condición de género, sino también por la clase social y la raza. En todas las sociedades, en algún momento, y con pesos diferentes, existieron esas tres formas de opresión, sin embargo fue el capitalismo el que separó de forma más radical los espacios de producción y reproducción.

Como ustedes saben la producción forma parte de lo público y la reproducción: la familia, el cuidado de los hijos, es parte de lo privado, considerado el ámbito de la maternidad, la intimidad, mientras la esfera pública se identifica con los espacios del trabajo, los derechos, lo político. En realidad esta división es ideológica pues las mujeres y los hombres se ubican simultáneamente en ambas esferas. Lo están a partir de su condición de género. De modo que el capitalismo es el primer modelo de sociedad que no tiene que preocuparse por la reproducción de la vida. Da por sentado que ese sitio es el que le corresponde a las mujeres de forma «natural». El hombre a la calle, a buscar el sustento; la mujer a la casa, a cuidar a los hijos y ocuparse de las labores. Esta división sexual del trabajo es, por consiguiente, el corazón de la opresión de las mujeres. ¿Cómo se expresa esto? Por una jerarquización en cuanto al valor otorgado al trabajo del varón respecto al de la mujer. Esto explica por qué nosotras las mujeres estamos concentradas en determinadas categorías, profesiones o funciones, por ejemplo: maestras, enfermeras, psicólogas, obreras, en el sector de los servicios... Y los varones están en las producciones consideradas masculinas, relacionadas con la electrónica, las técnicas, las ciencias puras.

¿Y por qué las mujeres aceptan esto? ¿Por qué aceptamos esto desde el inicio? En primer término, no lo hemos aceptado cómodamente. A largo de la historia han existido varios mecanismos legales, ideológicos, culturales, de valores que lo produjeron y reprodujeron. Es obvio que antes del capitalismo, la religión católica, sobre todo, desempeñó un papel importante al responsabilizar a las mujeres por el «pecado» del mundo.

Y claro esta tensión ha existido y, existe a conveniencia, porque forma parte de una relación de poder donde los varones ejercen «poder» sobre las mujeres. Y ahí volvemos al tema de cómo el capitalismo incorporó, reconstruyó elementos patriarcales al interior de la sociedad actual burguesa para justificar la idea de que en el espacio privado, en el espacio del hogar, quien manda es el varón.

Las relaciones de género, por tanto, son las primeras relaciones de poder que vivimos y ellas van a enfocar nuestra vida todo el tiempo. Construimos esta identidad como mujeres y como varones porque somos educados para ser esas mujeres y esos varones que se espera seamos. En Brasil, por ejemplo, desde muy temprano los niños y las niñas perciben que el Papa es varón, el presidente es varón, quienes trabajan en la policía, por lo general, son varones, el gobernador es varón, el director de la escuela es varón. Es decir, todos los «signos de poder» son de los varones e incluso en su casa la palabra del papá vale más que la palabra de la mamá.



## Un hecho cultural

Isabel Moya

Lo que se considera masculino y femenino, más allá de un hecho biológico real, es un hecho cultural. Hoy resulta más difícil que en 1959 abordar los problemas de la desigualdad. Existe la idea de que el socialismo es en sí una sociedad cuyo fin es la igualdad en todos los sentidos. Entonces, pareciera que estamos ante problemas resueltos, sobre todo porque las estadísticas son abrumadoras: efectivamente, en Cuba las mujeres somos el sesenta y seis por ciento de la fuerza téc-

nica del país, incluso. De las personas que prestan ayuda en el exterior, en el campo de la medicina por ejemplo, el cincuenta y cuatro por ciento son mujeres. Pero más allá de esa participación en la vida pública, tan evidente en los números ¿qué pasa desde el punto de vista cualitativo? ¿cómo se da esa participación? ¿cuáles son los costos? ¿en qué condiciones y qué está pasando en las relaciones de género en la vida privada?

Ahí está uno de los grandes retos: las mujeres cubanas se han incorporado a la vida pública, pero sin cambiar de manera significativa los juicios de valor, las relaciones y las costumbres que las siguen responsabilizado con todas las tareas domésticas, con la educación y el cuidado de los hijos. Estos elementos, que parecen triviales, generan estrés y muchos problemas en la vida familiar, y sobre todo, originan que la participación en la vida pública se haga a costos personales y sociales muy grandes.

Hay quien piensa que el problema está en la división de roles. Sin embargo, el problema más bien está en los juicios de valor. Somos un universo diverso, atravesado por muchas circunstancias de las que la gente se apropia. La participación real y el tratamiento diferenciado de cada uno es un gran desafío para lograr la igualdad y equidad de derechos, posibilidades y oportunidades. Ahí tenemos el caso del acceso a espacios de poder y, en específico, aquellos en los que se toman las decisiones. Es cierto que hay mucha presencia femenina en la base pero hay pocas mujeres en los altos cargos de gobierno.

Otro asunto es el tema del género visto desde los medios de comunicación. Es la imagen que se transmite, sobre todo del cuerpo, con preferencia a resaltar la sexualidad en la mujer y la perfección del cuerpo masculino. En el video clip se socializan muchas cosas. Es innegable su influencia cada vez más creciente en la sociedad. Más que cualquier otro soporte contribuye a divulgar la imagen sexual, tanto de hombres como de mujeres. No se trata de hacer ahora una campaña contra el video clip, sino de fomentar en los realizadores un acercamiento y una apropiación del tema del género para lograr que esos productos de la industria cultural respondan a los roles que queremos para mujeres y hombres en nuestra sociedad.